

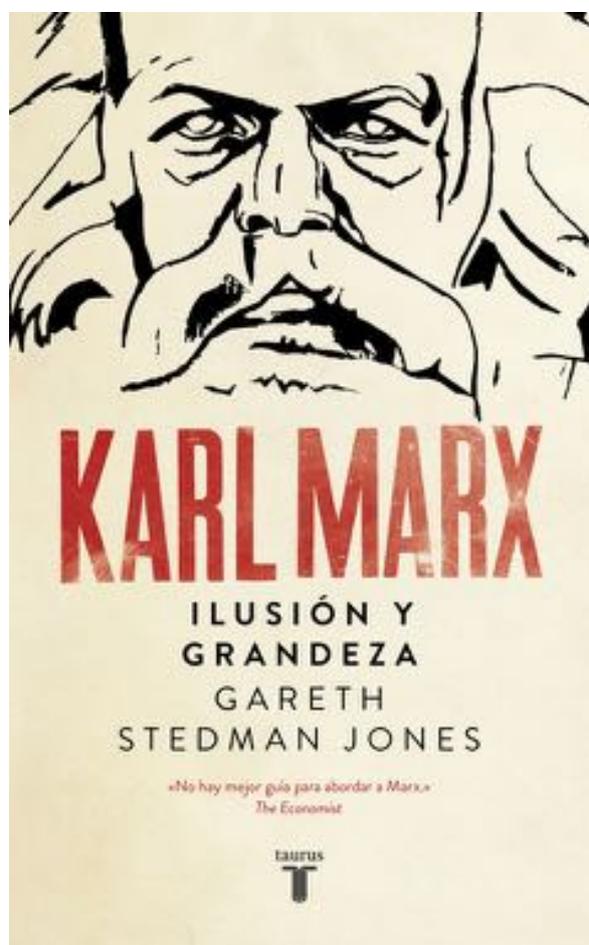
LECTURAS

Karl, desactivado: El Marx de Gareth Stedman Jones*

Francisco Erice
Universidad de Oviedo

Hace unos años, Moishe Postone proponía revitalizar la crítica marxista presentándonos, en una peculiar lectura, a un Marx «recargado» (*reloaded*)^[1]. La recientemente traducida biografía de Marx escrita por G. S. Jones, por el contrario, se afana en ofrecernos la imagen de un Marx «desactivado». Esta metáfora, que alude a la carga explosiva atribuida al personaje, y que utilizaré reiteradamente, no es original; la misma cubierta exterior del libro en su edición española incluye párrafos —obviamente elogiosos— de la crítica de *The Times Literary Supplement* que nos muestran al autor como un virtuoso artificiero que va cortando sutilmente los hilos que unen al Marx real con la doctrina identificada como *marxismo*.

El libro lleva por subtítulo «ilusión y grandeza», aunque ha de reconocerse que habla más de ilusiones que de grandezas; de hecho, como ha señalado en su crítica Terence Renaud, su lectura es «una experiencia deflacionaria», en la medida en que pretende contrarrestar a quienes, a su juicio, «sobreinflaron el legado de Marx». Tal vez con esa finalidad o para distinguir el



Marx auténtico del «construido», en su relato Jones utiliza siempre el nombre de pila del biografiado y no el apellido^[2].

* Reseña del libro de Gareth Stedman Jones, *Karl Marx. Ilusión y grandeza*, Madrid, Taurus, 2018, 887 páginas. Edición original inglesa, en 2016.

1.- Moishe Postone, *Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2007.

2.- Es muy interesante la mencionada crítica de Terence Renaud, «Inflatable Marx», <http://www.h-net.org/reviews/showpdf.php?id=50798>, que también circula en la red en traducción española.

La idea de desmitificar a Marx y situarlo en su tiempo no es ni nueva ni particularmente objetable, incluso para quienes seguimos considerándonos «razonablemente marxistas». Bien está ser amigo de Platón (o de Marx), pero ante todo serlo de la verdad, por retomar la frase atribuida a Aristóteles. Entre los biógrafos de nuestro personaje, Francis Wheen ha pretendido «echar a un lado la mitología e intentar mostrar a Karl Marx en tanto que persona», desvinculando el pensamiento de alguien «tan tremendamente tergiversado» de los proyectos políticos desarrollados en su nombre a lo largo del siglo XX. Más recientemente, Jonathan Sperber se proponía entender «en el contexto de su época» a un intelectual revolucionario que ya «no es nuestro contemporáneo»^[3].

La obra de demolición de S. G. Jones es, probablemente, más consciente y de mayor alcance. Él la define como la de un «restaurador» que elimina las adherencias acumuladas sobre un pensador al que se debe devolver al siglo XIX, tras la «invención» del marxismo a lo largo del siglo XX (pp. 13-22 y 675-682). Tarea ardua que despliega a lo largo de más de 800 densas páginas en las que se mezclan algunas interesantes interpretaciones y buenas contextualizaciones históricas con tópicos ya repetidos; desarrollos de su vida y pensamiento exasperadamente largos con elusiones y tratamientos superficiales de cuestiones no menos relevantes.

Sería demasiado prolijo ir repasando, capítulo por capítulo, el contenido del libro, lo cual tal vez podría hacer justicia en ma-

yor medida que lo que aquí se planteará a algunos méritos del exhaustivo trabajo de G. S. Jones. Sin embargo, voy a limitar mi comentario a cuatro momentos en los que la intención desmitificadora conduce, junto a intuiciones fértiles, a discutibles interpretaciones que nos hacen añorar algunas biografías anteriores.

Para el primero, debemos situarnos en la década de 1840, en los años de París y Bruselas. Lo que resulta llamativo es, en el tratamiento de ese periodo, la escasa atención que G. S. Jones dedica a los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844, o a textos como *La ideología alemana* o la *Miseria de la filosofía*. La razón parece sencilla: con la minusvaloración de los *Manuscritos* «desactiva» la conexión de Marx con algunos de los componentes más sugerentes de los marxismos del siglo XX, en particular las interpretaciones humanistas o las de quienes enfatizan, por ejemplo, el concepto de «alienación». Tras presentar *La ideología alemana* como un texto «artificiosamente compendiado por Riazánov y sus asociados en la década de 1920» y pasar como sobre ascuas por otros trabajos de la época, puede concluir que también la teoría de la Historia de Marx es una «tradición conceptual inventada» en el siglo XX, que es cuando se la designa como «materialismo histórico» (pp. 230-234).

Un segundo momento, poco después, es el de la desafortunada o «zigzagueante» actividad y la errónea concepción en Karl de las revoluciones de 1848 y sus consecuencias. Según G. S. Jones, trabajos de Marx como *Las luchas de clases en Francia* o *El 18 Brumario* parten del error básico de buscar fundamentos económicos y sociales a las luchas políticas. Marx no entendió que «la noción de clase no es la expresión de una simple realidad socioeconómica, sino una forma de lenguaje discursivo que genera identidad». Marx (o, por mejor decirlo, Karl) no comprendió que los movimientos de las

3.- Francis Wheen, *Karl Marx*, Madrid, Debate, 2000. Jonathan Sperber, *Karl Marx. Una vida decimonónica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2013. Una reseña crítica de este último libro, en Francisco Erice, «El *Karl Marx* de Sperber o de cómo enterrar decorosamente el legado marxiano», en *Boletín de la Sección de Historia de la FIM*, nº 2, 2014, https://revistanuestrahistoria.files.wordpress.com/2017/01/boletin2_erice.pdf.

clases trabajadoras de la primera mitad del siglo XIX no eran el efecto económico de la transformación del capitalismo, sino el resultado de la demolición del Antiguo Régimen o de la movilización que acompaña a la construcción de los nuevos Estados y espacios políticos liberales. En definitiva, la miopía de «Marx y su partido» no les permitió percibir lo que los «nuevos historiadores» que han asimilado el «giro lingüístico» y se presentan como heraldos de la Historia post-social ven ahora con claridad, y no precisamente por estar sentados sobre los hombros de Marx, sino por haberlo bajado del pedestal: que el lenguaje de clase era producto de la política, y que las luchas entre la «clase trabajadora» y la «clase media» se derivaban de la exclusión política y no de la proletarianización o la «deshumanización». La noción de lucha de clases y la idea de conexión de lo político con lo social quedan también, de este modo sumario, plenamente desactivadas.

El tercer momento en el que podemos fijarnos es el de los años sesenta, y más específicamente la etapa 64-69, calificada por G. S. Jones, no sin sólidos argumentos, como «los años más provechosos y exitosos» de la vida de Marx; no en vano se corresponde con la edición del libro I de *El Capital* y la fundación y los primeros pasos de la Asociación Internacional de Trabajadores. Lo que le complace especialmente a Jones de estos años es que Marx, como su mayor contribución a la Internacional, formula un «nuevo léxico socialdemócrata», al definir los objetivos de la Asociación y diagnosticar la situación de los trabajadores. Mientras el siglo XX asoció ineludiblemente a Karl con el lenguaje «marxista» de la revolución, la realidad es que «lo que entonces despertaba su entusiasmo no era la perspectiva de un evento apocalíptico» (!), sino la percepción de un cambio gradual que ya se estaba produciendo, pues «el proceso de

transición del modo capitalista de producción a la sociedad de productores asociados ya había comenzado». Por eso Marx sintomiza dentro de la AIT —entre elogios de Jones— con los sindicalistas; y por la misma razón, si bien en otros momentos no pudo prever lo que los historiadores post-sociales ya saben bien en nuestros días, sí en cambio, en ese tiempo, fue capaz de anticiparse a Bernstein, al poner el foco «no en el acontecimiento, sino en el proceso conducente a él» (pp. 537-539). El Marx impenitentemente revolucionario queda, pues, de nuevo desactivado.

Es de lamentar que este gradualismo y espíritu sanamente socialdemócrata sufriera algunas quiebras y vacilaciones posteriores, cuando por ejemplo Karl trata de la Commune parisina y comete, entre otros, según Jones, el error de no condenar sus excesos violentos, lo que le hubiera cargado de razón para luego arremeter con más autoridad contra la represión del gobierno de Versalles sobre los *communards* (p. 585). No parece que el biógrafo comparta del todo —o al menos que valore positivamente— eso que Fernández Buey percibe en los últimos años de Marx: que su interés por nuevos movimientos revolucionarios (Irlanda, Rusia, etc.) lo hace «más radical»^[4]. El «Marx tardío» que Shanin describe brillantemente, con su cuestionamiento del progreso lineal y los esquemas rígidos no es, en todo caso, drásticamente distinto o antagónico del otro Marx, sino alguien con un pensamiento en constante reconsideración, al confrontarse con los procesos históricos y las expectativas políticas reales^[5].

G. S. Jones vuelve a tener las cosas claras en este cuarto momento: Marx, con sus observaciones sobre la comuna rural rusa, da

4.- Francisco Fernández Buey, *Marx (sin ismos)*, Barcelona El Viejo Topo, 1998, pp. 197 y siguientes.

5.- Theodor Shanin (ed.), *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, Madrid, Revolución, 1990.

un giro de 180 grados en sus concepciones sobre el capitalismo sin querer confesarlo, y la reducción de su producción escrita (y sobre todo publicada) se debe no tanto a sus problemas de salud como a sus dilemas teóricos. Según Jones, eran las dificultades teóricas lo que provocaban su relativo apartamiento de las primeras filas de combate o sus silencios, y no las jaquecas, el insomnio y las dolencias hepáticas, que parecen más bien resultado de lo anterior. Karl «no llegó a encontrar la forma de reiterar su postura teórica original, pero se resistió a admitir con franqueza que había cambiado de opinión»; además, «la decepción política se mezclaba con sus dificultades teóricas» (p. 614-620). Por tanto, el Marx tardío «desactiva» teóricamente —si bien de forma un tanto vergonzante— al Marx anterior.

En este contexto, se produce (G. S. Jones *dixit*) una «divergencia creciente, aunque no reconocida» entre Karl y Engels (p. 648). Lo cual agranda más la brecha entre el personaje real y el Marx del siglo XX, que «guardaba solo una semejanza aleatoria con el Karl que vivió efectivamente en el siglo XIX» (p. 682).

Dado que se trata de devolver a Marx a su tiempo, no debe extrañarnos que G. S. Jones corte, en general, los hilos, que le unen con el presente. Al igual que hacía Sperber, el autor británico y conocido estudioso de los «lenguajes de clase» evita involucrar a autores e intérpretes del siglo XX en el tratamiento de las teorías de Marx. Pese a ello, extraña, para un libro tan documentado y que quizás aspire a ser lo que ilusoriamente suele calificarse de «obra definitiva», que la bibliografía final incluya (¡cómo no!) las biografías fundamentales del personaje (de Mehring a Sperber, pasando por McLellan, Cornu, Wheen o Nikolaievski), pero no los trabajos de destacados intelectuales del siglo XX que colocaron el pensamiento de Marx en su centro de análisis, para bien

o para mal. Podemos encontrar citados a Cohen, Elster, Löwy o Shanin, pero no por ejemplo (salvo mejor lectura) a Lichtheim o a Hobsbawm, pese a haber escrito muchas páginas sobre Karl, su época o algunos de sus textos fundamentales. Por supuesto, quien espere encontrar a Schumpeter, Dobb, Joan Robinson, Sraffa o Postone al hablar de las teorías económicas de Marx o de *El Capital*, puede abandonar toda esperanza (¡Rosdolsky se salva de milagro!). *Et sic de caeteris*, así sucede también con sociólogos, historiadores, antropólogos y marxólogos varios del siglo XX-XXI.

Cabe congratularse con cualquier depuración crítica de un autor respecto a adherencias posteriores, y más aún si es para practicar el sano ejercicio «constructivo» de desacralizarlo. Pero la «deconstrucción» de G. S. Jones va más lejos, y corta hilos insoslayables —incluyendo, por cierto, el «hilo rojo»— que unen a Marx irremediablemente —y no de manera arbitraria— con el siglo XX, por no decir ya con el presente. El Marx arrojado a su tiempo tal vez tenga algún interés filológico o sirva para alimentar notas a pie de página de estudios eruditos, pero poco interesa desde el punto de vista histórico o político. Despojado de las supuestas «imposturas» que la posteridad ha arrojado sobre él, aparece desnudo, irrelevante y desactivado. Bien está recordar que el «marxismo» se construye tras la muerte de Marx (nada nuevo respecto de lo ya sabido), pero resulta más aventurado asegurar que esta reconstrucción poco o nada tiene que ver con la obra del personaje. ¿Cómo entender, con estos supuestos, no ya la versión interesada de socialdemocracia y comunismo, sino también el alcance de semejante impostura entre tantos intelectuales del siglo XX (incluidos muchos no marxistas) interesados por su obra y las coincidencias interpretativas —junto a las divergencias— con este Marx artificialmente construido?

La interpretación de Jones nos hace echar de menos biografías anteriores, como la ya clásica de McLellan, o incluso la antidogmática, apasionada y breve aproximación de Fernández Buey a un Marx «sin ismos»; al igual que la reconstrucción biográfica estricta de Sperber a veces nos convertía inevitablemente en nostálgicos de la frescura de la biografía pionera elaborada por Franz Mehring^[6]. Alguien puede pensar que la resistencia a aceptar las aportaciones de Jones

(cuyos aciertos en cuestiones concretas son muchos, desde luego) es un simple reflejo del comprensible rechazo a abandonar el mito reconfortante y cómodo. Pero lo cierto es que los avales de una reinterpretación global de este estilo, y más articulados en torno a las concepciones historiográficas que en este caso concurren, resultan, a la postre, poco convincentes. Una desmitificación general aceptable, si es que procede, tendrá que esperar.

6.– David McLellan, *Karl Marx. Su vida y sus ideas*, Barcelona, Critica, 1977 (la edición original inglesa es de 1973). Franz Mehring, *Carlos Marx. Historia de su vida*, Barcelona Grijalbo, 1973 (la edición original alemana es de 1919).